

EN EL CLAUSTRO

MÍSTICA

A NICOLÁS MARÍA LÓPEZ

En el viejo jardín de la abadía
se alza de un santo monje la escultura,
que turba con su fúnebre blancura
de los cielos la azul monotonía.

Silenciosa las horas desafía,
con la mirada inmóvil en la altura,
y proyecta en la trémula espesura
la sombra de su gris melancolía.

No hay pájaros, ni suena una plegaria
 en el jardín. Tan sólo cuando vierte
 el sol la sangre de su luz postrera,

se enrojece la estatua solitaria,
 como si bajo el mármol de la Muerte
 el rosal de la Vida floreciera!

CRISTIANA

Á CAMILO BARGIELA

— Como en Jordán de Gracia, me he bañado
 con tu santa palabra milagrosa,
 y es gozo la tortura que hoy me acosa,
 porque Vos, mi Señor, me la habéis dado!

A fuerza de cilicios he domado
 la fiera de mi carne lujuriosa,
 y hoy te ofrezco mi cuerpo, blanca rosa,
 que una lluvia de sangre ha salpicado! —

Así clamó la tórtola divina...
 Y mientras con la dura disciplina
 los lirios de su carne maceraba,

la brisa del jardín traía aromas,
 y en la ventana abierta se arrullaba
 una blanca pareja de palomas!

O R E M U S

Á LUIS BARREDA

A la luz de la lámpara, un Cristo agonizante,
 desfallece en la celda. De rodillas, escuálido,
 en éxtasis los ojos, yace un asceta pálido,
 inmóvil como una marmórea estatua orante.

Clava los grandes iris en las llagas divinas,
 y los labios, que aroma de incienso la plegaria,
 tiemblan de unción... Su carne es una pasionaria
 que, mustia, suda sangre bajo un sayal de espinas!

A medida que el beso de la oración su boca
refresca y santifica, toda la vida loca
y ardiente que se extingue, estéril, en sus venas,

lo devora en las llamas de cruentos martirios,
poniendo en sus ojeras cardenales de lirios,
y en sus manos cruzadas palidez de azucenas!

TERESA DE AVILA

A FELIPE TRIGO

— Tanto, Señor, en mi locura os quiero,
y es mi pasión tan honda y tan sincera,
que por gozar vuestro sufrir, quisiera
ser clavada con Vos sobre el madero.

Presa en la cárcel de la vida, espero
que vuestra mano libertarme quiera,
y es tan larga y tan lóbrega la espera,
que muero, buen Jesús, porque no muero! —

Así clamó la Santa enamorada;
y tras largo cilicio extenuada
se desplomó, desnuda, sobre el lecho;

el párpado caído y tembloroso,
ávido el labio y palpitante el pecho,
esperando los besos del Esposo!

LA HORA MÍSTICA

Á MARCELLINO MEZQUITA

Ni la más leve nube empaña el firmamento.
En el cielo azuloso, profundo y transparente,
envuelta en el dorado nimbo del sol poniente,
se destaca la rígida silueta del convento.

Silencio... Ni una hoja se estremece en el viento.
Todo duerme en la calma de la tarde silente.
Se oye crecer el musgo, y en el alma se siente
abrirse como un cáliz un dulce pensamiento.

Nuestra única esperanza vaga en los corredores
del claustro. De rodillas escucha los clamores
del órgano que entona responsos funerarios,

y bendice á los monjes que en estas tardes puras,
cavan, lentos y graves, sus propias sepulturas
al pie de los inmóviles cipreses solitarios!

P A V A N A

Á JULIO DANTAS

Sobre la vieja clave,
pálida mano blanca,
toda llena de joyas,
preludia una pavana.

Un rumor de abanicos,
de encajes y de gasas,
al despertar la música
en el salón se apaga.

Los muebles quedan solos...
 Y riman las casacas
 bordadas, con la seda
 pomposa de las faldas.

Y envuelta en la humareda
 de luz de las arañas,
 dentro de las floridas
 cornucopias doradas,
 ceremoniosamente,
 se refleja una vaga
 inclinación de lentas
 pelucas empolvadas...

Sobre la vieja clave,
 pálida mano blanca,
 toda llena de joyas,
 preludia una pavana.

LA RUECA

A YOLANDA

La Virgen cantaba,
 la dueña dormía...
 La rueca giraba
 loca de alegría.

— ¡Cordero divino,
 tus blancos vellones
 no igualan al lino
 de mis ilusiones!

Gira, rueca mía,
gira, gira al viento...
¡Amanece el día
de mi casamiento!

¡Hila con cuidado
mi velo de nieve,
que vendrá el Amado
que al altar me lleve!

Se acerca... Lo siento
cruzar la llanura...
Sueña la ternura
de su voz el viento...

¡Gira, rueca loca,
gira, gira, gira!...
¡Su labio suspira
por besar mi boca!

¡Gira, que mañana
cuando el alba cante
la clara campana,
llegará mi Amante!

¡Cordero divino,
tus blancos vellones
no igualan al lino
de mis ilusiones! —

La luz se apagaba;
la dueña dormía;
la Virgen hilaba,
y sólo se oía

la voz crepitante
de la leña seca...
¡y el loco y constante
girar de la rueca!

EL CLAVICORDIO

Á GONÇALVES DIAS

En el ángulo sombrío
de la estancia, silencioso,
con lejanos ritornelos de sonatas olvidadas,
sueña, abierto, el clavicordio.

A través de los cristales
empañados, el lluvioso
jardín muerto se deshoja,
esfumándose en las brumas de un crepúsculo de Otoño.

En la antigua sala flota
el perfume melancólico
de las rosas, que en las viejas porcelanas
se marchitan, lentamente, de tristeza y de abandono.

Los dorados cuadros, duermen,
olvidados, bajo el polvo,
y las sombras de los muebles, á lo largo de los muros,
melancólicas alargan sus fantásticos contornos.

La abuelita, triste, sueña... Bajo el lino de la cofia
la mirada taciturna de sus ojos,
á través de las rasgadas humedades de la lluvia,
se diluye en el recuerdo de los parques del Otoño,
donde elevan los cipreses humeantes de neblinas
sus siluetas triangulares bajo el cielo gris de plomo.

¡Está seria y está muda! Ya no alegra nuestros juegos,
ni nos narra viejos cuentos de princesas y de gnomos.

Las tinieblas se insinúan á lo largo de la estancia;
lentamente, los espejos, apagando van sus tonos;
los retratos, carcomidos, en sus marcos de negrura,
palidecen y se apagan, confundidos y borrosos;
y los muebles agonizan devorados por la sombra,
murmurando viejas cosas y crujiendo bajo el polvo.

Un reloj lento y lejano
deja caer en el hondo
silencio, el agrio martillo de sus férreas campanadas
que retumban en los ángulos del salón desierto y lóbrego!

Las tinieblas han borrado
las ventanas... Y, de pronto,
en el fondo de la estancia,
á las tímidas caricias de unos dedos temblorosos,
despertaron los acordes de una música olvidada
en las teclas polvorientas del antiguo clavicordio!

TÉRMINUS

Á BIAGIO CHIARA

En un negro silencio me he perdido.
La noche envuelve mi camino. Nada
en la sombra percibe la mirada,
ni el más leve rumor llega al oído.

No late el corazón, ni escucho el ruido
que en las sendas produce mi pisada...
¡Quién sabe, si al final de la jornada,
la propia obscuridad será el olvido!

Sin sentir, sin pensar... Estoy más muerto
que los que el mármol del sepulcro encierra!...
Y soy en la aridez de este desierto,

el sueño de algún alma desterrada
que cansada de andar sobre la tierra
regresa á los misterios de la Nada!

FIN

INDICE

EL ALTO DE LOS BOHEMIOS (1899-1900)

	<u>Páginas</u>
PRÓLOGO.....	9
Preludio interior.....	25
El alto de los bohemios.....	27
La sombra de las manos.....	31
El jardín de los besos.....	37
La bella durmiente.....	41
Flor de camino.....	45
Perfume antiguo.....	47
Tarantela.....	51
Paisaje.....	55
Octubre.....	57
Crepúsculo.....	59
Nocturno.....	63
Canción de Otoño.....	65
La canción del hogar.....	69
Rapsodia.....	75
Renacimiento:	
Renacimiento.....	81
Pan.....	83